

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 210.—1.º de Diciembre de 1878.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.

*Una suscritora primitiva.*—Más de una necesidad hemos socorrido con los 60 rs. que V. nos ha enviado con este objeto, y las preces de los socorridos, por la persona que V. llora perdida, subirán al cielo juntas con las bendiciones que para usted piden á Dios.

D.ª C. C.—Con la ropita nueva para niño chico que V. nos ha remitido, ha vestido V. á un inocente desnudo, practicando una obra de misericordia que Dios le premiará, y por la que nosotros y la madre del favorecido damos á V. mil gracias.

## EL SERVICIO DOMÉSTICO.

### ARTÍCULO II.

No es nuestro ánimo investigar si antes eran tan buenos los criados y tan excelentes los amos como muchos aseguran, si la inmoralidad del servicio doméstico es de fecha reciente, ni

«Como á nuestro parecer  
»Cualquiera tiempo pasado  
»Fué mejor.»

Tratemos del tiempo presente y del porvenir, é investiguemos si con los elementos que hoy existen, y con los que existirán probablemente en lo futuro, pueden armonizarse moral-

mente las relaciones entre amos y criados, ó de otro modo; *si puede haber moralidad en el servicio doméstico*. Nosotros afirmamos resueltamente que no, y que solo por escepcion, y con mucho trabajo y dificultad, se logrará que sean morales las relaciones entre amos y criados.

El criado es una persona extraña, que pasa inmediatamente á ser hostil, y que sin formar parte de la familia, vive en ella, y en comunidad de muchas cosas; sabe las interioridades, conoce ó adivina los secretos; no se le ocultan ni las faltas ni las debilidades, y las suyas se hacen bien pronto patentes á la familia. Sabido es que todos tenemos defectos, que en la vida íntima se manifiestan y entrechocan á todas horas, y que si se toleran, y á pesar de ellos existe armonía, es *porque la establecen el cariño y el respeto*, especie de resorte de elasticidad infinita que amortigua todos los choques. Añádase, que en los individuos de una familia son comunes la honra, los intereses, y hasta las vanidades y preocupaciones, de manera que además de los defectos que se toleran, están los que no se ven, aquellos de que se participa, ó de que se piensa sacar utilidad.

Con los defectos del criado sucede todo lo contrario: lejos de ocultarlos ó aminorarlos el cariño, los abulta el egoismo; no hay participacion en ellos sino perjuicio, y como á él le acontece lo propio con los del amo, resulta un motivo permanente inevitable de hostilidad: *los defectos que no se pueden ocultar ni tolerar*.

Segun el modo de proveer en la actualidad á las necesidades materiales domésticas, el servicio del criado se necesita á todas horas, á todos los minutos; que tarde un poco más en asear tal habitacion, en condimentar tal plato, en volver de tal recado, y toda la casa se trastorna: es el criado una rueda que engrana con todas, y si no gira muy acompasadamente, todo el mecanismo se descompone. Tanto como la cuenta de los reales, se le ajusta la de las horas; por minutos y mirando el relój se calcula lo que debe tardar en hacer tal labor ó volver de tal recado. De aquí resulta, que el criado ha de moverse con una regularidad mecánica, que ha de ser una especie de máquina, cuyos motores son la voluntad del amo y las imprescindibles necesidades de la casa. Contribuye á mecanizarle el diferente modo de ser del servidor y el servido; este tiene gustos, hábitos, necesidades que aquel desconoce, de modo que debe limitarse á hacer lo que le mandan, porque cuando hace algo por propia iniciativa, es raro que no haga un disparate.

El servicio doméstico es, pues, *servidumbre*, que sería parecida á la *esclavitud*, si no se aceptara libremente: en la libertad de esta aceptación, hay no obstante algo de ilusorio, porque quien necesita servir, puede dejar este, aquel, ó el otro amo, pero tiene que aceptar *un amo*, que por bueno que sea, no puede cambiar la naturaleza de las cosas, ni evitar que el sirviente se mecanice, ni la sujeción servil del criado. Este al mismo tiempo quiere libertad, que para él como para todos los esclavos es licencia; de libertad y de igualdad lee y oye hablar; todos los hombres son iguales en derechos, y él entiende por derechos, goces y comodidades; él tiene ó debe tener voto para nombrar diputados y concejales; la soberanía reside en el pueblo, participa, forma parte de ella, es, ó debe ser ciudadano; alguien le ha dicho algo de derechos naturales, imprescriptibles, de autonomía, de dignidad humana, y estas palabras de libertad y de derecho, de dignidad y de justicia suenan bien aun á los que no son capaces de definir las, como la buena música es grata aunque se cante con letra de lengua desconocida. Donde quiera que hay ocupación, aunque sea poco productiva, se prefiere al servicio doméstico, que se ha echado á perder con las fábricas donde las hay, según dicen los amos. Estos no comprenden *que se prefiera la libertad* á las comodidades de su casa, ni los criados que á toda costa no se huya de la servidumbre.

Dadas las condiciones del servicio doméstico, inevitables mientras esté organizado, no sirven sino los que absolutamente no *tienen otro remedio*, (frase gráfica que expresa como el servir se considera como un mal) y su trabajo puede considerarse como *forzado*.

Entre el amo que no comprende que los pobres tengan aspiraciones á la libertad, y que juzga que debe estar muy contento en su casa, y el criado que quiere ser libre y tiene su condición de servidor por intolerable; entre el amo que le parece la cosa más natural del mundo suprimir la personalidad del criado, y este que quiere ser persona, no hay armonía posible: están unidos como cuerpos heterogéneos que se separan tan pronto como cesa la presión de la necesidad. Segundo motivo permanente de hostilidad inevitable: *la condición servil del servicio doméstico, y las aspiraciones á ser libres del servidor*.

Pero es mútua la dependencia forzosa del servidor y el servido; éste la comprende, llama al sirviente *enemigo no excusado*, y vive con este enemigo, y le busca porque le necesita,

porque no puede pasar sin él. ¡Qué trastorno en una casa cuando falta el criado, sobre todo si, como es la regla general, no hay más que uno! ¡Las habitaciones sin asear, las camas por hacer y sin condimentar la comida! Aprisa, aprisa la asistente. Una no parece, otra está ocupada. Al fin se encuentra una y viene la que no se quería llamar. ¡Las asistentes! ¡Con decir que son mucho peores que las criadas! Pero ¡qué remedio! alguien ha de hacer las cosas. Y en efecto, para que alguno las haga se entra en casa á cualquiera, y por despedir la asistente cuanto antes, ó no tener que llamarla, se pasa á la criada lo que tal vez no es pasable, y esta especie de coaccion impuesta por las necesidades materiales, agria contra los que son instrumentos de ella. Como el criado al amo, el amo sufre al criado porque *no tiene otro remedio*; ¡si pudiera pasarse sin él! Pero no puede, y esta dependencia mútua, como es material y forzosa, constituye en el fondo una verdadera esclavitud, siendo otra causa inevitable de hostilidad permanente *el que amos y criados, sin poder tolerarse, tengan que sufrirse*.

Las prevenciones y ódios de clase se refuerzan, lejos de atenuarse, en las relaciones del servicio doméstico. El que predica filantropía y derechos y fraternidad, es duro, tiránico é imperioso con sus criados; el que se escandaliza en público de lo que es, ó él llama, ataque á la religion, vive en su casa como si no la tuviera; el que públicamente habla mucho de probidad y de honra, tiene muy poca cuenta con ellas en la vida privada, y los hijos del pueblo, cuyas virtudes se encarecen por sus tribunos, son el servidor holgazan, torpe, vicioso, poco fiel, y la servidora sucia, sisadora y liviana.

Al servido le parece que paga muy cara tanta torpeza y desidia: al servidor que dá muy barata tanta sujecion; el servido quisiera que sus cosas las mirara como propias el servidor: éste no encuentra ninguna razon para no considerarlas como extrañas; el servido, no inspirando generalmente respeto, para evitar la familiaridad, si no usa de altanería, se encierra en una reserva en que siempre hay algo de desdeñoso: el servidor, sin notar que abusa casi siempre de la *llaneza*, se ofende de lo que llama orgullo, aunque tal vez no sea más que circunspeccion; el servido vé como personificadas en el servidor las necesidades materiales de la vida que siempre le molestan, que á veces le abrumen; él es el que dice que tal cosa se rompió, que tal otra se ha inutilizado, que esta se ha concluido y aquella hace falta; anuncia la necesidad de gastos, que es ser portador

de malas nuevas, y ciertamente no se le dan albricias; la mala impresion que produce, aun cuando no se le signifique, que á veces se le manifiesta, le parece la injusticia más extravagante, aunque no siempre lo sea, aunque él pudo hacer que las cosas no se acabaran tan pronto, ó anunciar con menos inoportunidad que se habian acabado. En el alejamiento moral, y la proximidad material de amos y criados, éstos tienen que ser necesariamente inoportunos. ¿Qué saben ellos de lo que les pasa á los señores, ni qué les importa?

El hombre del pueblo sabe que los ricos disfrutan goces y comodidades de que él carece; pero no tiene idea de los refinamientos del lujo que conoce por el servicio doméstico, y que ponen más en relieve la desigualdad de condiciones, tan desacorde á su parecer con la igualdad de derechos.

De todo esto resulta que en las relaciones del servicio doméstico hay choques, divergencias, importunidades, mortificaciones, injusticias continuas; resulta que, viéndose servidores y servidos por el lado menos favorable, se parecen en realidad peores de lo que son; resulta que se tratan mutuamente con menos cordialidad, á veces hasta con menos humanidad que la que tienen unas con otras las personas de distinta posicion social; resulta que el criado hace comparaciones muy de cerca que redundan en perjuicio de la buena armonía, y resulta, en fin, una causa más de hostilidad *entre dos clases* que, al acercarse materialmente, *se han alejado moralmente más de lo que estaban.*

El criado sin educacion, de maneras y palabras groseras, y con frecuencia obscenas, es un enemigo de la inocencia de los niños y un peligro para su pureza y castidad.

Los señores generosos é imprudentes regalan su ropa usada á los criados, tienen vanidad á veces en que vistan casi como ellos; les dan las aspiraciones del traje y hábitos de lujo, creando el peligroso y ridículo tipo del majo que pretende ser elegante, y de la fregatriz con vestido de seda. De la vanidad combinada de servidos y servidores, de las aspiraciones que se despiertan en éstos, de las comodidades que se acostumbran á disfrutar, de la alimentacion tanto mejor que la que tenían en su casa y de la que habrán de tener cuando vuelvan á ella ó formen una nueva familia, de todo esto resultan inconvenientes gravísimos, perturbaciones morales y materiales, y hasta verdaderos trastornos *producidos por alternativas bruscas de goces y privaciones, y de adquirir necesidades y no medios de satisfacerlas.*

Todas estas causas permanentes de hostilidad, todos estos desacuerdos esenciales, todos estos males, con ser grandes, son los menores que consigo lleva el servicio doméstico; los más graves consisten en las relaciones continuas é íntimas de personas jóvenes, extrañas, de diferente sexo y distinta posición social. Un criado no es un hombre para una señora ó una señorita; pero una criada suele ser una mujer para un señor ó un señorito, y cuando esto sucede, no hay circunstancia que no sea favorable para la desmoralización de todos. La casa donde hay niños y jóvenes, que debia ser un sagrado, se profana al entrar en ella una criada ó un criado que, aunque no fueran groseros, como suelen serlo, aunque no estuvieran corrompidos, como suelen estarlo, nada más que por el hecho *de ser extraños*, son un elemento de inmoralidad y empañan la pureza que debe respirarse en una casa honesta. Hay necesidad de correr un velo púdico sobre este asunto, pero afirmando que el servicio doméstico es un elemento eficaz é inevitable de deshonestidad, que es esencialmente inmoral y que el hogar no puede ser *sagrado* mientras los *extraños* le profanen.

Después del daño moral, que es el más lamentable, viene el económico, también muy grave; el servicio doméstico es cosa muy cara: su coste excede, por lo general, á los medios del que le sostiene, y de aquí resultan los apuros pecuniarios, las luchas entre la necesidad y la probidad, de que no siempre sale ésta triunfante, y cuando menos, la imposibilidad de hacer economías en situaciones en que eran necesarias y podían realizarse.

Poniendo el caso menos desfavorable y más general de no tener más que una criada, entre lo que sisa, lo que malgasta y destroza, y lo que come y cobra de salario, puede calcularse que constituye la manutención de *tres* personas. A los que no tengan experiencia les parecerá el cálculo exagerado, á los que la tengan, no. Se dirá: pero moralícese el servicio para que no haya sisa, ni derroche, ni destrozo; bien está que se intente, y necesario es intentarlo, para poner al mal algún coto; pero como moralizar los criados significa haber moralizado antes los amos; como supone una completa regeneración social; como el servicio doméstico es esencialmente perturbador del buen orden de las familias, solo por excepción podrá no causar en ellas un gran daño moral y perjuicio económico.

Y este no consiste solo en el gasto, derroche y fraude de la criada, sino en la mala organización del servicio. Comprar pe-

queñas cantidades de alimento, cocerlas, condimentarlas y cuidarlas, cada uno separadamente, produce pérdidas grandes de tiempo, de combustible y considerable aumento de precio. Si en vez de una comida se hicieran cincuenta, ciento ó mil, en proporción de su número iría creciendo la baratura, y podría reducirse la manutención á un coste mucho menor del que hoy tiene. Todos los progresos de la civilización tienden á facilitar la radical reforma moralizadora de suprimir el servicio doméstico, que dificultan cada día más, entre otras causas, el espíritu de libertad de los sirvientes, su personalismo y su dignidad crecientes.

Á medida que las naciones se civilizan, aumenta el número de las cosas que se llevan ó pueden llevarse á domicilio. El agua, la luz, el calor, en pueblos muy cultos, están á disposición del que los paga, y que, con abrir una llave, se alumbrá, se calienta y bebe y se asea mejor y más barato que por medio de sirvientes. La poca fidelidad de éstos hace que en muchas partes lleven los vendedores los comestibles á domicilio; un paso más, y se lleva la comida hecha, y el servicio doméstico puede suprimirse. Realizando grandes ganancias, un especulador podría dar de comer á gran número de familias mejor y más barato de lo que hoy comen servidas por la criada, aun cuando fuera fiel y económica. Además, como hay asociaciones cooperativas para el *consumo*, podría haberlas para el *condimento*, resultando economías que hoy parecerían fabulosas, pero que algún día se realizarán indudablemente. Esto no exige más que romper con hábitos y rutinas (que no es poco) y alguna inteligencia, porque ni aun necesitaria más cuidado y trabajo, ni tanto. ¿Por ventura es poco el que se tiene con la criada para vigilarla, irle á la mano en sisas y despilfarros? Y á pesar de él, ¿no es lo general que condimente mal la comida que no sabe condimentar bien, descuidándose además ó no pudiendo atender á ella porque tiene otros quehaceres? No es cuestionable que se comería mejor y más barato haciendo la comida en grande; y en cuanto á las dificultades que pueden ocurrir para el modo de servirla á domicilio, son muy fáciles de vencer.

Pero se dirá: la criada no hace solo la comida, sino que asea la casa. Ciertamente, y al tratar del servicio doméstico nos hallamos con los hábitos, no laudables, de la clase media, y aun de aquella que inmediatamente está tocando al pueblo. Se presentan tres casos respecto á ella:

1.º Las familias muy desahogadas que no necesitan ocuparse de ningun trabajo de la casa.

2.º Las familias que, por debilidad física ó quehaceres, no pueden ocuparse de faenas domésticas.

3.º Las familias con pocos recursos que pueden y deben hacer los trabajos de casa y no los hacen.

4.º Las familias que, sin ser ricas, están en buena posición, podrían tener servicio para las labores de casa sin que fuera *doméstico*. Lo que constituye la esclavitud de los amos es la necesidad urgente de hacer la comida; lo que constituye la inmoralidad del servicio, es que se haga por mujeres jóvenes, con la tentación continua de la sisa y otras, y que estas muchachas vivan en casa. Cuando solo se trate de asearla, basta una mujer de edad que esté el tiempo necesario y que se vaya después: este tiempo y todas las demás condiciones variarían con las de la familia; pero siempre sobre la base de que la servidora no podría imponerse porque no era indispensable, ni podía sisar, ni desmoralizar la familia. Cuando en ésta hubiera niños pequeños, podría ser necesario el *servicio doméstico*; pero además de que esto es la excepción, la *niñera* sería siempre una *mujer de edad*, como es lo racional, por infinitas razones, y tantas, que parece imposible se desatiendan.

El segundo caso entra en el primero para la práctica; simplificado el servicio de la casa, suprimida *la cocinera*, que es la rueda catalina, siempre descompuesta, y la *mujer joven, extraño* elemento constantemente perturbador, en la familia donde por enfermedad ú ocupación no hubiera posibilidad de dedicarse á los trabajos materiales, podrían desempeñarlos personas extrañas, siempre sobre la base de reducir todo lo posible el servicio doméstico y emplear para él personas de edad.

(Continuará.)

---

## LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO.

---

Hemos oído asegurar á varias personas que el progreso y la civilización perjudican al pobre y le priva muchas veces de sustento. ¿No sería más justo decir, que las guerras, matando ó inutilizando para el trabajo lo más florido de la juventud, arruinando pueblos enteros para enriquecer á contadas personas, son la causa principal de la pobreza y aniquilamiento de



la industria y la agricultura en nuestro desdichado país? ¿Que la pereza y el atraso intelectual en que nuestro pueblo vegeta, más bien que vive, es una causa también de sus desdichas? ¡El progreso! Sin duda es por ironía por lo que usan esta palabra al hablar de la pobreza. Hoy, como en tiempo de Adán, nuestros labradores confían á la tierra la semilla, y si por desgracia no llueve en mucho tiempo, la cosecha se pierde y la más horrorosa miseria los agobia, porque han confiado su porvenir á la veleidad de las nubes en vez de contar con buenos canales de riego, debidos al trabajo y á la inteligencia y no á la casualidad.

Si de los agricultores pasamos á los artistas y obreros, vemos, gracias al progreso, á personas humildes y sencillas, nacidas en la clase del pueblo, unas siendo el encanto de propios y extraños con sus magníficos cuadros, otras debiendo á un trabajo constante y afortunado la brillante posición de millonario y senador del reino.

Pero no vamos á ocuparnos de los hijos de la fortuna, sino de los desheredados, de los que la ignorancia y la abyección han colocado casi al nivel del bruto, peor aún; porque la voluntad que Dios les había dado para elevarlos al bien, adormecida por la inercia, solo despierta al influjo de esas bebidas ponzoñosas que les suministran en ese sinnúmero de tabernas, semillero del crimen y cátedra de palabras obscenas que continuamente van á herir, apenas anochecido, oídos inocentes ó acostumbrados al recato de las familias cultas que saben guardarse el respeto debido. Con los vapores de esas bebidas nocivas la ira se despierta en sus pechos como tempestad que ruga, y los relámpagos de cólera de sus encendidos ojos dicen que el rayo no está lejos, y la mano temblorosa se afirma un momento para agarrar la terrible navaja y descargar el golpe homicida, quizá sobre el mejor amigo del agresor, acaso sobre un compasivo é indefenso transeunte que ha tratado de apaciguarle. Aquí se nos ocurre una reflexión: los venenos se venden con receta y tomando nota, por si ocurriese una equivocación ó un crimen, cosa que afortunadamente no sucede una vez al año; y esas navajas se venden libremente, ocasionando, como ocasionan, numerosas desgracias. ¿No se podría evitar este terrible resultado de la ira excitada por la bebida y servida tan cruel y eficazmente por la navaja? A un loco se le vigila, á un niño no se le deja jugar con armas: pues ¿son menos insensatos que los locos ó menos imprevisores que los niños esos hombres em-

briagados, privados materialmente de razon, y cuya inteligencia duerme en una infancia perpétua?

En prueba de lo terrible de esta arma, y de las víctimas que ocasiona, citaré dos casos ocurridos en Madrid no hace mucho tiempo.

Estaban varios trabajadores una noche en un tabernucho cerca de la puerta de Alcalá, cansados de beber y medio asfixiados por el aire cargado de vapores que les rodeaba, salieron á la calle y se sentaron en un poyo inmediato. Y por cuanto, ¡rarezas de la borrachera! nombraron á Nogués, supongo que el dentista, y uno de ellos, con un prurito digno de un académico, se le antojó echársela de gramático, y preguntó á sus compañeros cómo escribirían ellos este nombre; uno contestó que poniendo una *u* entre la *g* y la *e*, pues en las dos primeras letras no cabia duda, y otro sostuvo lo contrario, y palabras van, palabras vienen, alguno de ellos pronunció una, sencilla en realidad, pero que no entraba en el vocabulario de los otros, y por lo tanto hubo de parecerles sospechosa, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, salieron las navajas á relucir..... Y aquí cesa lo cómico del cuento; porque dos de los contentientes cayeron en el sitio, uno moribundo y otro herido de gravedad.

En una casita de Chamberí vivian hace tiempo dos hermanos huérfanos, al cuidado de su anciana abuela, que suplía, si esta falta puede suplirse, la falta de sus padres. Pablo contaba siete años más que su hermanita Luisa y la queria con un cariño profundo y protector, que tenia algo de paternal. Crecieron así tranquilamente en esa vida monótona y sencilla del artesano honrado. Los domingos Pablo y Antonio, vecino de los huérfanos, y más bien hermano que amigo suyo por lo mucho que se querian, llevaban á la niña á paseo, orgullosos de lo linda que iba, aunque ataviada con los trajes inverosímiles que inventaba su abuela. El tiempo pasó y llegaron las quintas: esta esclavitud de los blancos, como dice un elocuente escritor, y aquellas quintas se llevaron al hermano y al amigo de Luisa que se hartó de llorar, creyendo que no se consolaria nunca de aquella pena; pero á esa edad las lágrimas se secan pronto, son nubes de verano, gotas de agua cristalina que el sol de la inocencia y la esperanza evapora.....

Al cabo de seis años volvieron á sus casas nuestros jóvenes, y los dos se admiraron de encontrar á Luisa hecha una real moza. Pablo se restregaba las manos y le decia mil tonterías ponde-

rándola; pero Antonio se quedó suspenso y apenas si acertó á saludarla, lo que hizo tanta gracia á su amigo, que le empujó diciéndole:—Pero majadero, ¿no conoces á Luisa? A ver si le das un abrazo. El cariño antiguo, avivado con la juventud y la hermosura de Luisa, y la vecindad, que ya desde tiempo de Píramo y Tisbe, y aún antes, fué una causa y un aliciente para el amor, hizo que Antonio se enamorase locamente de su vecinita; pero estos amores no eran contrariados como los de los amantes de la fábula de Ovidio, sino muy á gusto de todos. Ya se acercaba el término feliz y apetecido; era un domingo, y el sábado próximo era el día señalado para la boda. Pablo y Antonio propusieron á Luisa ir á dar un paseo, y ésta se disculpó con que le dolía la cabeza é iba á acostarse un rato, é insistió en que fuesen ellos á dar una vuelta. Estos se marcharon despues de darle broma y llamarla melindrosa y se dirigieron camino del partidor de agua del Lozoya á disfrutar de la *belleza y amenidad* del campo de los alrededores de Madrid. Poco despues encontraron otros compañeros y se entraron en una taberna á beber un vaso de vino y jugar un rato á las cartas. Luisa, en vez de acostarse, sacó todos los avíos de coser y se puso á concluir una hermosa camisa con pechera bordada; era una sorpresa que le preparaba á su futuro, y por eso se habia negado á ir á paseo inventando aquella inocente mentira. Pasaron dos ó tres horas; en un principio Luisa se alegraba de que tardasen en volver, porque pudo concluir su obra; pero la noche se venia y ellos no parecían; varias veces se asomó á la ventana ó salió á la puerta de la calle, sin que lograrse verlos. La noche cerraba ya; entonces, pálida de impaciencia, rogó á su abuela que saliese á ver si averiguaba algo. Eran las diez de la noche, y en la calle empezaron á formarse grupos de gente; unos preguntaban con afán, otros contaban, al parecer, una desgracia por los extremos que hacian y las exclamaciones que llegaban hasta Luisa; ésta, clavada en el suelo, como si la dominase una pesadilla horrorosa, no tenia fuerzas ni valor para moverse. Todo esto fué obra de un instante, aunque á la infeliz jóven le pareció un siglo de angustia, porque no tenia duda alguna fuese efecto de una doble vista misteriosa ó de un magnetismo inexplicable, de que se trataba de una desgracia y que esa desgracia iba á herirla á ella en el corazon. En aquel momento la madre de Antonio pasó por delante de ella dando alaridos, y desapareció sin verla. Entonces algunas vecinas entraron en casa de Luisa y le dijeron imprudentemente que

Pablo y Antonio, habiendo bebido más de lo regular, se habían llevado de palabras sobre si uno le había hecho una trampa al otro, acalorados y azuzados como perros por gentes desalmadas que se gozan en el mal, habían echado mano de las navajas, y uno de ellos había caído muerto en el acto herido en el corazón, mientras el otro se entregaba él mismo á la justicia loco de dolor y desembriagado ya. Luisa no quiso saber cuál era el matador y cuál el muerto; ella también estaba herida en el alma; ya no podía haber felicidad ni tranquilidad para ella sobre la tierra. Aquella misma noche fué conducida al hospital; un ataque al cerebro la privó de recordar sus dolores, y los médicos dijeron que si sanaba perdería probablemente la razón. ¡Pobre Luisa!!

Resulta de estas tragedias y otras muchas que pasan desapercibidas, que los enemigos del pueblo son: la ignorancia, que les priva de la fortuna y la inteligencia suficientes para disfrutar en diversiones y entretenimientos cultos; la taberna, que los degrada al nivel del bruto, y la navaja que sirve instantáneamente su ira, convirtiéndoles de gentes honradas en asesinos.

EMILIA MIJARES DE REAL.

---

## LIA.

---

En el revuelto torbellino de la sociedad moderna pasan desapercibidas algunas personas interesantes y acaso más dignas del aplauso público que las que la fama, muchas veces injusta, pregona como eminencias y notabilidades. Son como violetas que tienen la vida de un día entre silvestre ramaje y solo dejan percibir su fragancia á los pocos observadores que se acercan á contemplarlas, cayendo luego en la doble muerte de su extincion natural y del olvido.

Una de esas flores modestas, vida corta consagrada al bien, alma pura que pasó entre el oleaje impuro de cierta parte de la sociedad sin manchar el manto de su inocencia; laboriosidad precoz; sosten de quien debiera sostenerla; pequeña providen-

cia de 13 años; inteligencia superior á esos años; caridad ardiente... tal era la pequeña Lia. Murió hace algun tiempo: no dejó ni epitafio ni recuerdos. Evoquémosle uno para enseñanza nuestra y para admiracion de todos.

Los habituales concurrentes al café de la Iberia de esta córte, huéspedes constantes durante las veladas de aquel local donde se conversa, se fuma, se come, se bebe, y solo falta que se duerma para convertirlo en fonda, recordarán quizás una hermosa niña de 13 años llamada Rosalía, pero que todos la conocian por el poético diminutivo de Lia, y que en las primeras y últimas horas de la noche vendia por allí *La Correspondencia* y cajas de cerillas.

Bien vestida, hubiera podido pasar por una hija de príncipes: rúbia, con ese hermoso tinte natural que parece convertir los cabellos en madejas doradas; con unos ojos azules de esos que sienten, interesan y no engañan; no los ojos azules de quienes decia el trovador vasco Trueba:

Si ojos azules engañan,  
Aunque es tanta su bondad...

con un aspecto modesto, mirada inteligente, y con una sonrisa que pide simpatías sin saberlo y las consigue sin quererlo, la pobre Lia era conocida y querida de los concurrentes á la Iberia, á muchos de los cuales conocia por su nombre, y al darles *La Correspondencia* ó los fósforos solia recibir como propina alguna moneda más de las que corresponden al precio invariable de estos objetos.

Al acercarse á las mesas voceando con débil grito su comercio, todos se apresuraban á tomarle la mercancía, dirigiéndole al paso alguna frase benévola, pero nunca atrevida ni procaz, porque inspiraba cariño como niña y respeto como mujer. Llegaba á tal punto la simpatía natural que excitaba, que los demás vendedores se alejaban de aquel café, porque decian que no habia competencia posible con la pequeña hechicera.

¿Quién era esa niña? ¿Dónde vivia? ¿Tenia padres? Nadie lo sabia ni lo preguntaba. El interés de los comensales de la Iberia no pasaba del momento en que la veian, y nadie se cuidaba de profundizar la existencia de la jóven repartidora del periódico popular.

Y sin embargo, en esa existencia vulgar habia mucho que

no lo era: aquella criatura era excepcional en el bien, y muchos indolentes tertulianos del café podían haberla tomado por modelo y ejemplo provechoso.

Vamos á decirles lo que ellos nunca preguntaron, pero que alguno tendrá quizá gusto en saber, si recuerda á la pobre Lia, que hoy está dividida en dos; un cuerpo que ya no es hermoso, como lo era, porque está pudriéndose en tierra, y un alma, hermosa siempre é imperecedera, que podemos creer esté gozando de la vida celestial y eterna reservada á los buenos.

Lia era hija de un modesto carpintero: tenía además madre y tres hermanos pequeños. El padre, laborioso y honrado artesano, tenía la vista delicada: la perdió al fin por completo, y su vida de ciego duró ya muy poco. Su viuda, pobre y santa mujer, sufrió física y moralmente un quebranto profundo. Cuando más necesitaba las fuerzas, las perdió por completo, y quedó paralítica en una silla. ¿Qué iba á ser de aquellos cuatro niños, que tenían la mayor, Lia, 12 años y el más pequeño apenas llegaba á 5? La caridad particular hizo algo, pero fué poco, porque quizás aquel cuadro de familia de huérfanos no llegó á noticia de las almas benéficas que no escasean afortunadamente en Madrid.

Una vecina de boardilla fué la que principalmente atendió á aquellos pobres niños; y viendo que Lia mostraba sentimientos buenos, inteligencia y ardiente deseo de trabajar, supo utilizar estas buenas disposiciones para que llenasen honradamente un objeto útil. La educación, pues, de Lia, principiada por unos padres buenos, pero ignorantes y toscos, fué completada bajo la dirección de una vecina, pobre lavandera que tenía excelente corazón, buenos instintos, pero ningún recurso intelectual.

No hacen estos, sin embargo, falta ninguna cuando se trata de almas privilegiadas como la de la pequeña Lia. En su infantil criterio se dijo, ó pensó sin saberlo decir: «Yo tengo dos manos que pueden ser útiles y productivas, si se manejan bien; con dos manos se trabaja y con el trabajo se mantiene una familia: ¡á trabajar, pues, para mantener á la mia!»

Y lo hizo de una manera admirable y con una actividad febril. Solo se lamentaba de la necesidad de dormir, y decía con tanta gracia como inocencia que sentía no hubiese algo que poder hacer durmiendo para poder ganar también en esas horas.

Al cabo de pocos meses de fatigoso aprendizaje, hé aquí cómo la laboriosa Lia distribuía su tiempo.

Durante el día trabajaba en casa de una modista de la calle de la Montera, donde era modelo de silencio, de aplicación y de inteligencia; pero había recibido de su padre, en lugar de otra herencia, la de la vista delicada, y no podía coser de noche. Tenía, pues, que retirarse del taller cuando se acababa la luz del día.

Entonces corría á su casa situada en la calle de Embajadores. ¡Bueno estaría el hospedaje de los Embajadores si viviesen en aquella calle, cuyo nombre parece un escarnio para sus pobres habitantes!

Lia tomaba una ligera comida, arreglaba la de su madre y de sus hermanos, daba sus disposiciones para el día siguiente, como hacendosa ama de casa, y luego se encerraba en un cuartucho de la boardilla para transformarse en... ¡bailarina! Sí: la pobre Lia, entre otros oficios para ganar dinero, había entrado como figuranta en el teatro Real. Los huéspedes de la Iberia, abonados de aquel teatro, no sabían, pues, que al contemplar los caprichosos bailes intercalados en las óperas, estaban viendo entre las figurantas de último orden á la pobre Lia.

Pero esos bailes suelen ser tarde y nuestra jóven trabajadora quería ocupar toda la noche. Aquí, pues, de su infantil ingenio.

Sobre su traje de punto, de bailarina, se ponía el modesto vestido de percal y se constituía al anochecer á la puerta de la Iberia para empezar la venta de fósforos y esperar *La Correspondencia*. Llegaban los paquetes de ésta, tomaba el suyo y entraba con su nueva mercancía á venderlas recorriendo las mesas del café. Hecha esta primera venta, que es la más productiva, dejaba el resto del surtido á otra pobrecita niña, protegida suya, y corría al teatro Real á convertirse durante un rato en sílfide vaporosa, hasta que concluido el baile se desnudaba rápidamente y marchaba de nuevo á la Iberia á repetir á gritos la venta del periódico y las cajas de fósforos.

Allí permanecía hasta despues de las doce, en que transida de frío y muerta de sueño y de cansancio, regresaba á su boardilla para tomar algun descanso y continuar al día siguiente la misma vida laboriosa.

De este modo mantenía Lia á su madre paralítica y á sus tres hermanos pequeños. Cuando las vecinas le decían algo en

elogio de su proceder, contestaba sencillamente que era la hermana mayor y tenia el deber de mantener á todos. Esto, natural en un hombre robusto y de 30 años, era verdaderamente extraordinario en una niña de 13.

Pero la hemos comparado al principio á una violeta pudorosa y de vida perecedera. La de Lia lo fué en efecto: su fin fué el de una santa. La antigua enfermedad de los ojos se agravó; quedó ciega, confinada en su boardilla é impotente para trabajar. Así vivió algunos meses. Ella, que tanto bien hacia á los demás, necesitaba luego el auxilio de todos.

Murió resignada, con la placidez de un ángel que ha estado desterrado del cielo y le dan permiso para volver á su patria celestial.

La familia no quedó abandonada. Almas caritativas, especialmente una ilustre dama de esta córte, se encargaron de su cuidado y manutencion.

Concurrentes de café, ociosos de la Carrera de San Gerónimo, abonados del teatro Real, si veis alguna pobre niña que os ofrece en venta *Correspondencias* y fósforos, no la rechaceis, no la mireis con desdeñosa indiferencia. Pensad que puede ser una nueva Lia.

FAUSTO.